

Habitantes extraños que pueblan esas formas de memoria

Judith Nieto

Si me pidieran pensar en un objeto que, por siempre, e incluso en modo borroso, acoja la memoria, no dudaría en remitirme al libro. Su misión es conservar, desde la silenciosa letra, el recuerdo de lo pensado, de lo imaginado, de lo soñado y de lo perdido por quien, inclinado sobre el papel, pudo escribir la primera o última palabra que anheló retener y hacerla suya, en un mundo donde la cotidianidad ha dejado de enseñar qué hacer con el asombro, con la epifanía o con el silencio; en un mundo que asusta, en lugar de convertirse en circunstancia propicia para volver a la poesía, para retornar a esa prosa que invita a detenernos y a repetir la última palabra, aquella que antes de concluir el viaje por la página nos recuerda la enseñanza de Barthes que entiende el *escribir* como *ofrecer desde el primer momento la última palabra*. El libro es la palabra que convoca a ser leída, a volver sobre ella para conjurar el olvido impuesto por los tiempos veloces que impiden la lectura lenta y alientan el movimiento, o más bien, la rapidez, negadora por esencia de lo sustancial: la primera y la última palabra.

Sí, si me pidieran hablar de un objeto que dé cuenta de las formas de la memoria, destacaría el libro. Siempre está dispuesto a recibir sin quejas aquello que poco a poco deshila el ovillo de la imaginación del creador. Al escribir, el autor hace memoria, mientras busca un lenguaje que anime a develar esa forma y ese relato que pueda, a su vez, hacer memoria de otros, mediante una variación de la sinfonía alcanzada por el escritor que se atreve a volver la mirada al recuerdo y al reencuentro con el pretérito puesto en el presente de la prosa.

Y si me volvieran a pedir pensar en algo material que convoque a las formas de la memoria, no dudaría en invocar nuevamente a los callados y “aquietados” libros. Objetos singulares venidos de tantas manos, de tantos sueños y del entrecruzamiento de relatos procedentes del soplo de la imaginación. Existen tantos libros y de tantas hechuras: unos movidos por la hebra de la ficción, araña laboriosa que sabe extender la palabra, cuyo irrompible sonido cuenta una historia de allá, otra de aquí; pueden ser la historia repetida por los pueblos creadores de mitos y leyendas primordiales que narran el principio de las cosas, el comienzo del mundo, el inicio de algo que, quién lo creyera, se conserva a pesar de la destrucción comandada por los siglos. Es la historia que porfía en su relato.

Aunque lo mejor de todo es que los libros, albergues de sueños y pesadillas, guardan dichas historias con precisión, tal como ocurrieron, con los colores de los días, con la hora luego del tictac del reloj, con la tempestad inesperada, con la música escuchada en la lejanía, con el llanto. ¿De hombre o de mujer? No se sabe, pero con un llanto que viene a la página, se hunde en la lágrima, saborea el dulce amor y con este paladea las sales firmes de la ausencia, postrera promesa que, sin falla, suele anticipar el corazón.

Sí, me remitiría a los libros y a lo que son: maneras de memoria en forma de ancla de la paciencia de las mujeres y los hombres dedicados a zurcirlos, letra a letra y sobre prolongaciones de papel. Además, son objetos que no ponen ninguna resistencia cuando se les abre

o se les cierra, mientras conservan los secretos que luego tantos leerán. Los libros, obra de un particular discurrir venido de la punta que nada hiere, son objetos adorables; bien por antiguos y de difícil repetición, bien por nuevos y de costosa consecución.

Sí, me concentraría en los libros, resultado del ejercicio que, en silenciosa paciencia, suelta la madeja, palabra a palabra, para contar el acontecimiento posible y únicamente venido de la sensibilidad por nombrar el acontecer del mundo y hacer hablar al hermético acertijo guardado en su propia maravilla.

Sí, hablaría del libro como forma de memoria, y de la letra, como su principio. Del empuje del decir, del verbo escrito y antes conjugado en una o en mil lejanas noches vividas por hombres habitantes en negros palacios. El libro es una forma de recordar en color negro, como el color del olvido; como el color de la señal del castigo, del negro día de los adioses sin califas ni sultanes que piden una voz de mujer que cuente un cuento de noche y lo repita de día.

Sí, también hablaría de los habitantes extraños que pueblan esas formas de memoria que son los libros y de esas especies de ciudades por donde pasa el mundo para siempre quedarse, para ofrecer convivencias entre quienes los llevan consigo, y entre los residentes trashumantes de singulares cuerpos y de palabras ruidosas, aunque vengan del oscuro silencio encerrado en la letra.

Sí, recordaría que es en esta forma de memoria, en los libros, donde la laboriosa palabra va y viene para levantar un relato casi siempre tan cercano a la vida de quien lo lee, de quien lo llega a sentir como el eco del alma y de quien se lo ha inventado para hacerlo casi existencia literaria, comprometida con la vida misma.

Sí, los libros como formas de memoria también son misterio; páginas cerradas en las que impera un silencio ensordecedor; que deja saber, por ejemplo, de calles en algarabía, como las de Estambul; de la Galilea cercana de Judea, luego de cruzar la frontera que las separa; de la intimidad ofrecida por una tarde de gris eterno en Londres; de la gota incesante caída del cielo inundado de Valdivia; de la tierra roja que aún pesa sobre tantos cadáveres de la violencia en Colombia.

Un misterio son los libros, lugares de la memoria, y allá, más allá de la página final, se adivina el umbral de la puerta nocturna, donde mujeres y hombres solitarios deshilan el cuento ensartado con vocación y en procura de la anhelada palabra final, promesa del acto de escribir.

Si se volviera reiterativa la pregunta por objetos que convoquen a una de las formas de la memoria, no dudaría en remitirme al libro, a los libros y a su misión de conservar, desde la silenciosa letra, el recuerdo de lo pensado y de lo pasado. Así son los libros, formas particulares de la evocación logradas a partir de prácticas artísticas y estéticas vinculadas con la puesta en acción de la memoria, objetos que, no obstante, su levedad o su peso, son incapaces de renunciar a las deudas pendientes con el olvido.

Los libros, ¡ay, dioses!, los libros son los únicos que aún cuentan, por ejemplo, lo ocurrido ante el oráculo mudo, frente al que un hombre inocente, adivino y con el padre ya muerto anheló el cuerpo de una mujer que no creyó prohibida. Cuerpo que besó de noche y de día al precio de la impostergable oscuridad entregada por sus ojos.

Judith Nieto, profesora de la Universidad de Antioquia.